

Juan Gómez Millas (*)

Las tendencias del pensamiento histórico



A preocupación histórica exhibe en el curso del tiempo humano tantos modos de ser como interpretaciones de su propia existencia han elaborado las sociedades y civilizaciones. En su esfuerzo por comprender el pasado, la historia comienza y termina en poesía. Ella es una creación de la mente que libera al hombre de la preocupación que lo agita acerca del misterio opresor de los orígenes y del término de la existencia humana colectiva en el mundo. La liberación lo conduce al conocimiento de sí mismo como lo

(*) *Juan Gómez Millas*.—Profesor de Historia Universal en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación.

Aparte de sus estudios regulares en el país ha seguido cursos de especialización en Europa. Desde hace un cuarto de siglo ha formado varias generaciones de profesores de Historia, de acuerdo con las modernas orientaciones de esta ciencia. Ha ocupado diversos cargos en la Universidad y ha participado en las misiones educacionales chilenas que han visitado Venezuela.

Juan Gómez Millas ha escrito algunos valiosos ensayos, dispersos en distintas publicaciones. Este que ahora damos a luz bosqueja e insinúa las corrientes y tendencias del pensamiento histórico y es como un sumario anticipado de una obra de fondo que desde hace algún tiempo prepara, la que pronto será entregada al público.

anunciaba el Apolo delfico, y en ese conocimiento adquiere la visión de su ser extendido en el tiempo, amarrado a lo infinitamente insondable donde héroes y dioses lo retrotraen a lo eterno y la esperanza ciega de que la descendencia biológica y cultural lo conduzca, en la cadena ininterrumpida de la especie, a la perfección. Un temor y una esperanza le dan la noción de un ser caminante; he ahí la historia.

La función mitopoyética de la imaginación creadora construye las mitogonías, teogonías y etnogonías; de ellas se apodera la reflexión racional para definir la personalidad. En forma ingenua pregunta Odiseo: ¿Cuáles son tus padres, cuál es tu origen, qué has hecho? Origen y acción definen al hombre histórico de la época de las epopeyas. Se cantan los actos del pasado y del presente, se construyen las genealogías, los anales, las crónicas, para dejar recuerdos y que no se olviden los maravillosos actos de los héroes. Tras el goce poético se escurren fines racionales y proyectos útiles.

Junto a la función mitopoyética trabaja en la mente otro elemento primario del pensar histórico, la vivencia inmediata de la temporalidad, en la que se percibe algo que fluye constantemente y algo que permanece: la conciencia de la identidad del ser íntimo del hombre a través de sus edades, del mundo social y del mundo natural. Los griegos fueron los que primero reflexionaron acerca de esta vivencia elemental; el primer producto de su reflexión fué la primera categoría del pensamiento histórico, la palabra historia: indagación, investigación o camino para el conocimiento de ese ser; que es uno mismo; extendido en el tiempo; o también esfuerzo humano para conocer la obra humana. Mientras los demás pueblos antiguos recibían este conocimiento por revelación, un pueblo declara, en el siglo VI-V a. de C., que lo obtiene mediante un esfuerzo autónomo, el esfuerzo histórico.

La palabra «Geschichte» no acentúa tanto como la griega el esfuerzo mental, hinca su atención en el acontecimiento que la mente capta y por eso en alemán puede hablarse de «das geschi-

chtliche Geschehen». Sin embargo, «historia» y «geschichte» pueden servir para acentuar en la frase aspectos subjetivos u objetivos del significado.

Dos tendencias se han disputado la disciplina histórica desde sus comienzos, una que aspira a tomar posesión del pasado, reviviéndolo mediante un esfuerzo imaginativo o penetrándolo, en un esfuerzo especulativo, y así, el arte por un lado, una filosofía ingenua por otro, construyen imágenes míticas o legendarias del pasado; mientras, paralelamente, otra tendencia aspira a establecer hechos, coleccionar materiales, tratarlos metódicamente, ya sea para obtener un conocimiento puro, sin otro propósito que el placer que proporciona el mismo, ya para resolver preocupaciones prácticas de orden legal, ritual, político o sus análogas. En todo caso, desde la elaboración del mito hasta la ciencia histórica, el espíritu humano aspira a resolver el mismo tipo de problemas fundamentales que le preocupan y satisfacer idénticas tendencias vitales, y por tanto, irreductibles a explicaciones o fundamentaciones ulteriores.

La historia no aspira a explicar el mero cambio, ni es ella la disciplina de los cambios o de las cosas que pasan. Si sólo hubiera cambio no habría historia, pues sería imposible una comprensión mítica o histórica del caos; para que haya historia es necesaria la conciencia de que hay algo que no cambia, que no fluye, mientras otras cosas fluyen, es decir se requiere la idea del «cosmos». Por eso la historia nació después que los griegos concibieron esa idea. Para ellos fué una idea y un ideal de excelencia; elaboraron la idea del cosmos para definir el orden actual de la polis, y por analogía la aplicaron al resto del universo. Los últimos logógrafos, Hecateo y Heródoto, fueron los primeros historiadores; ellos superaron las narraciones genealógicas y las cosmogonias, cuando comenzaron a manifestarse insuficientes desde el punto de vista racional y categorial histórico.

Aristóteles vió en la historia el arte de la narración que proporcionaba un conocimiento probable del pasado, incapaz de

llegar al conocimiento epistemológico o verdaderamente científico; sobre el pasado podíamos tener opinión, pero no ciencia, ya que la historia se ocupa de lo particular y no de lo universal que es objeto de la ciencia. Al mismo tiempo diferenció la historia de la poesía en cuanto ésta construye un mundo ideal posible, pero no necesariamente cierto o existente en su estructura.

Aristóteles no vió el fondo del problema; tal vez estuvo más cerca de él Isócrates, al establecer las bases de la educación humanística y el valor educativo de la historia-opinión. Aristóteles tomó contacto con el material histórico, pero siempre para fines de especulación filosófico-política, es decir para alcanzar la formulación de leyes. Por otra parte, era muy difícil que el substancialismo griego dominante en todo el pensamiento helénico, con excepción de Heródoto, pudiera llegar a ver lo universal en lo particular histórico. Otro factor de incompreensión histórica para los griegos fué el que notaran que el historiador no estudia los acontecimientos directamente, frente al acontecimiento que investiga, sino en forma mediata.

En efecto, jamás el historiador se encuentra ante el fenómeno de su investigación; entre él y el acontecimiento están los restos, en el sentido amplio de la palabra. El científico natural, aunque estudie las galacias o el electrón, tiene los medios para ponerse frente al fenómeno que examina, y de mayor valor es el método que usa, mientras más se aproxima al objeto de su investigación y un mayor manejo pueda lograr de él. El fenómeno natural carece de intencionalidad, en cambio el histórico está cargado de ella, aunque de propósito desee ocultarla. Lo que más interesa averiguar al historiador moderno es, justamente, la intención implícita en el resto, carta, documento, etc. Si no la alcanza, su trabajo no ha terminado, no ha penetrado el acontecimiento.

El historiador usa para descubrir los significados ocultos en el resto (*¿es una construcción, palacio o templo?*) de una serie de disciplinas y técnicas que denominó, equivocadamente, cien-

cias auxiliares de la historia. Cada una trataría un tipo de resto: arqueología, numismática, etc. La construcción de estas técnicas demandó un esfuerzo enorme a algunos hombres valiosos que debieron luchar contra los prejuicios de la ciencia oficial. A medida que avanzaban las investigaciones científicas naturales en diversos campos, y que el ámbito del interés histórico aumentaba hacia nuevos objetos de investigación, se veía que muchas de esas especulaciones científicas proporcionaban elementos de aplicación a la indagación histórica, servían para identificar los restos con exactitud cada día mayor. Pero advertimos que no basta la aplicación de esas técnicas si el investigador carece de una comprensión histórica amplia. El método vale por el espíritu que lo maneja. Recoger el material-resto, seleccionarlo, identificarlo, organizarlo y clasificarlo son tareas indispensables, pero ellas por sí mismas no constituyen trabajo propiamente histórico. Sin embargo en él se detienen muchísimos trabajadores porque carecen del espíritu histórico que, como decía Mommsen, es un don con el cual se nace.

Los restos se van acumulando en las bibliotecas y museos, ¿Qué valor tendrán esos restos dentro de cien mil años de historia humana? Goethe dió una respuesta: «Al historiador no se le reprocha el que se preocupe de los resultados; pero con ellos piérdese el acto aislado y el hombre particular. Si hubiéramos de juzgar del esplendor de la primavera y de sus flores, por los escasos frutos que luego se recogen de los árboles, nos formaríamos una idea incompleta de esa amable estación del año. Y, sin embargo, el jardinero está en su derecho al juzgar de cómo se dió el año por aquello que llenó su bodega y su horreo. Todo lo verdaderamente biográfico, incluyendo bajo esa denominación las cartas, diarios, memorias, y tantas cosas más, sacan a luz de nuevo la vida pretérita, más o menos realmente o en detallada imagen. No se cansaría uno nunca de leer biografías y libros de viajes, porque se vive con lo vivo. La historia, aún la mejor, tiene algo de cadavérico, exhala hedor a sepultura. Hasta puede decirse que cada

vez se hará más pesada de leer, según se vaya haciendo más viejo el mundo; pues todo el que viene detrás vese obligado a quintaesenciar de los acontecimientos del mundo un resultado más agudo y sutil, con lo que al cabo, si no queda reducido a un mero *caput mortum*, desvanécese en humo.

Pero si ha de haber historia puede, sin embargo, el biógrafo ufanarse ante ella del gran mérito de poder conservar y transmitir lo vivo que a los ojos de la historia se hurta». (Obras Completas, p. 1465).

Si la historia fuera una reconstrucción del pasado, la opinión de Goethe sería razonable. Pero ¿es la historia una reconstrucción? Se nos plantean dos problemas: así como la imagen del universo va enriqueciéndose a medida que avanzan las investigaciones igual ocurre con el hombre histórico; pero así como el conocimiento científico no requiere de la totalidad del saber, así tampoco la comprensión histórica exige una experiencia directa de todo el material acumulado. Gran parte de nuestro saber es una fe, inalterable mientras un dato debidamente comprobado no la contradice. El futuro de la ciencia y de la historia descansa pues en nuestra confianza en el valor autónomo de la naturaleza humana. Los objetos que descubrimos en el pasado, los restos en sí mismos, proceden de un mundo que fué una totalidad completa en la cual estuvo sumido el hombre, esos objetos participaron de su historicidad, fueron sus símbolos y sus signos, con ellos vivió y murió, en ellos quedó el sello de su personalidad de sus alegrías y dolores; tras ellos está el hombre, y tras el hombre el proceso que llegó hasta nosotros; por medio de un poderoso esfuerzo dialéctico e imaginativo debemos acercarnos a esos hombres, a su intimidad, para comprender el mundo en que vivieron y la comprensión que de él tuvieron. Una imagen descriptiva de ese hombre y su mundo sería inagotable e imposible, pero ella no es necesaria para su comprensión. Reconstruir implicaría devolver la vida a lo que está muerto, y eso es imposible. Ya Isaías lo dijo, «aquellos a quienes cubrió el polvo de la muerte

no se levantarán jamás». La vida que el historiador da a los materiales no es una vida reconstruída, es una nueva vida, y cada historiador, en cada época da un tono y un color diferente a esa vida. ¿por qué? Porque en cada resto, documento, etc., están muchas posibilidades, una de ellas fué y escapó para siempre, otras quedaron y con ellas también trabaja la comprensión del historiador, porque cada cosa fué obra de luchas y tensiones entre elementos opuestos. El historiador es por tanto totalmente responsable de lo que escribe, del método con que trabaja, del material que selecciona para llegar a una comprensión y transmitirla a nosotros. La historia es una reversión del pasado y esto es lo útil de la historia.

Toda historia local o tópica no es más que un momento de la única historia real: la historia universal del hombre. Así como no podemos tener una imagen comprensiva del hombre, ni emitir un juicio sobre su vida, si no conocemos todo su curso desde el nacimiento hasta la muerte, tampoco podemos comprender momentos de la historia, si ellos no son iluminados por una visión total de la historia universal. ¿Qué comprensión podríamos tener de San Agustín si sólo conocemos su vida anterior a la conversión o si sólo la conocemos después de su conversión? ¿Qué imagen puede formarse de Napoleón, si solo lo conocemos como General Bonaparte y no como Emperador Napoleón I? Las historias locales o parciales, sólo llegan a ser verdadera historia desde el momento en que se incorporan, por obra de un historiador, al curso de la historia universal. El todo ilumina la parte. Es verdad que sólo somos capaces de trabajar trozos pequeños de vida humana histórica, pero aún en ese trabajo pequeño, alcanzamos vigor científico y autenticidad cuando lo realizamos a la luz de amplios horizontes que se obtienen con la experiencia vital y de la investigación y el auxilio de otros camaradas de tarea. Así podemos divisar lo maravilloso que está en lontananza y desde donde otros vienen, y sólo así puede el historiador subir

hacia lo más alto. Desde este punto de vista se debe partir para resolver el problema de la periodificación.

La ciencia histórica no reside en lo particular, sino en lo universal que vive en lo particular. La personalidad o el acontecimiento se dan una sola vez, no se repiten; nada se repite en historia. Pero en esa coyuntura adquieren vida actual, expresión y forma, los valores universales, las tensiones que abarcan un inmenso conglomerado humano, los problemas que agitan a un período, a la humanidad o a un sector extenso. Las preocupaciones religiosas, jurídicas, morales o estéticas de una época no viven en un solo individuo, sino en muchos; toda la comunidad está agitada por ellas y aunque las formas en que esas preocupaciones adquieren expresión sean la creación de unos pocos, responden a la totalidad o impregnan la vida de esa totalidad.

La idea de si hay o no ciencia de lo particular histórico ha sido examinada varias veces en el curso de la historia de la filosofía y en los últimos tiempos ha dado pasos importantes. Hoy son muchos los que coinciden en que existe la posibilidad de ciencia de lo que ocurre una vez en espacio y tiempos dados y de que es posible una comprensión de su conexión íntima. En cada acontecimiento se mueven elementos universales; categorías lógicas, existenciales y axiológicas. Lo particular histórico es el modo unívoco en que se combinan los universales, es decir, los diversos elementos categoriales. En cada acontecimiento, el más simple posible, podemos descubrir una conexión con otro acontecimiento, una forma de desarrollo, etc.; también podemos señalar el valor implicado en el acontecimiento o, por último, la posición del acontecimiento en la estructura general de un proceso histórico. Los acontecimientos conectados, valorizados y estructurados, dan origen a acontecimientos mayores y así indefinidamente en un proceso de elevación constante hacia la existencia del último hombre que ha de vivir sobre la tierra, proceso durante el cual Dios habrá realizado todo el actual esfuerzo de creación.

La ciencia natural explica un fenómeno recurriendo a la ley o leyes que lo rigen; la ciencia histórica comprende el acontecimiento o sus conglomerados en los tres tipos de categorías ya señaladas; una vez que lo ha conseguido ha descubierto la ley propia del acontecimiento. Pero el acontecimiento no existe con independencia del mundo en que se verifica, no está determinado por el mundo, pero está en el mundo; el mundo no es un mero escenario de la existencia humana, tiene con ella una participación esencial que da historicidad a las cosas del habitat o a los restos. La ciencia histórica y la natural investigan la naturaleza íntima de esta relación de conexión entre hombre y mundo, historia y naturaleza, para descubrir las nuevas categorías que la permiten comprender. Aún estamos en los primeros pasos. Por el momento se habla de relaciones causales, aplicando a la historia un concepto tomado de las ciencias naturales y que no es apropiado al acontecer histórico. En forma provisoria se puede decir que la llamada causalidad histórica se complica debido al juego de tres elementos: necesidad, contingencia y dialéctica. Además, llama casualidad a la coincidencia, en un momento y espacio determinados, de varias series independientes de fenómenos, lo cual hace imprevisible su resultado. Una de las formas típicas, en cambio, de previsión histórica es la que se funda en las estructuras (categorías de estructura) como las usadas por Platón, Aristóteles y Polibio para señalar la secuencia de las estructuras de la Polis. En éstas se fundó Spengler para realizar el análisis morfológico de las culturas y Marx la dialéctica revolucionaria. Es evidente que un análisis combinado de las diversas formas estructurales: artísticas, políticas, de clases—según el pensamiento de Max Weber—económicas—Carlos Marx—ideológicas, etc. puede llevar a una previsión de la estructura de la historia universal. Pero por el momento estos estudios están en sus comienzos. Los exámenes dialécticos que inició Hegel también pueden llevar al pensamiento histórico muy

lejos en materia de previsión. Todo esto aún pertenece a la historia del futuro.

En el acontecimiento o en la personalidad existen elementos que cambian y elementos estables; la acción se precipita en pensamiento, institución; la creación en arte, en estética, en técnica; los movimientos dialécticos en tensiones internas que dan posibilidad múltiple al acontecimiento; la educación en persistencias fósiles de ideas o imágenes; la emoción en simbolismo y el símbolo en signo y el signo en lenguaje hablado o escrito; pero lo que ha sido producto vuelve a ser productor, despertando en el hombre viejas posibilidades que quedaron escondidas en el símbolo primitivo. Lo que fué historia se convierte en hecho social y en el juego del espíritu lo social vuelve a tener historicidad. Hay un eterno morir y renacer de lo histórico en lo social y de éste a lo histórico, y este movimiento da color y vigor a la tradición. En el espíritu del hombre nada muere; puede estar aparentemente quieta una sociedad y sin embargo en el fondo de las conciencias individuales hierve la vida con rica intensidad buscando afanosa el lenguaje en que pueda expresarse.

La ley es el modo racional que tiene la mente para conocer la naturaleza, y la categoría es el modo de la mente para comprender el acontecer humano en el fluir del tiempo o de la relación del hombre con lo que es natural y participa en cierto modo de su historicidad. Todo conocimiento científico es explicativo. En cambio toda comprensión histórica es valorativa, estructural y dialéctica. El primero aspira a formularse en leyes y se satisface plenamente cuando ha llegado a la ley general del cosmos. La segunda desentraña los valores implicados en la situación histórica o en la personalidad, examina sus tensiones, la manera como se producen en la individualidad y dan forma al acontecimiento, define las personalidades y señala contornos al hecho, y se satisface cuando ha logrado comprender por este camino la malla de la historia universal, pues entonces, y tan sólo así, logra el conocimiento del hombre. No es que con esto opongamos

hombre y mundo como entidades irreconciliables; sino una simple cuestión de perspectiva. Mundo es lo que fué como fué, y hombre es lo que se está haciendo y como anhela, en el futuro, ser algo distinto de lo que es. La ciencia mira más bien a lo pasado; la historia es un constante mirar y esperar el futuro. De ahí que la ciencia esté sometida a la ley, y la historia a la comprensión categorial.

La historia es un recordar cargado de intencionalidad, y desde el momento en que percibimos en otro esta intencionalidad, en sus dichos o actos, la encerramos en una categoría histórica con significado ideal y comenzamos la construcción del mundo histórico. Esta categoría pasa a ser examinada y a preocupar a quienes con nosotros comparten la preocupación por el presente o el futuro, y a servir como punto de partida e imagen ideal para nuevas categorías, como lo observamos en las influencias literarias o artísticas con toda claridad. Porque la imagen primaria histórica creada por el historiador frente al resto—aquí llamo historiador no sólo al que escribe o relata historia, sino a todo el que formule pensamiento histórico—la cogen sus contemporáneos o sucesores para una segunda o tercera reelaboración, en forma análoga a como la hipótesis científica es tomada por los hombres de ciencia, unos tras otros, en el afán irreducible de explicarse la realidad, aguijoneados por el valor de verdad. Ciencia e historia tras la ilusión de una formulación de la verdad o del valor humano aspiran en realidad a un vivir en el camino del conocimiento o de la comprensión pura, que aún cuando sea camino eterno hacia una realización de excelencia o perfección, da motivo y aliento para la eternidad.

Cada imagen histórica es elaborada en un complejo mental diferente, de experiencia intelectual o axiológica más rica o más pobre, y por tanto cada historiador o cada época, crea o se pone en condiciones de crear nuevas categorías estructurales históricas tales como «reforma», «renacimiento», «resurgimiento», «iluminismo», «dark ages», etc. que cambian de significado con cada

historiador y con el tiempo. A estas estructuras las llamó Troelsch, individuos históricos. A veces basta mirar un acontecimiento desde ángulos diferentes para que cambie la categoría histórica que lo define. Este hecho simple es el que determina en cada historiador el criterio con que seleccionará los documentos, el interés por determinados acontecimientos, la coordinación de sus elementos, y por último, las síntesis finales. De donde se deduce que las categorías históricas determinan al método histórico hasta en sus más íntimos detalles. Las técnicas que usa el historiador no tienen influencia definitiva alguna, lo que importa y decide es el espíritu con que usa de esas técnicas.

Se podrá argumentar que el historiador penetra con prejuicios categoriales al examen de vidas y obras ajenas; el mismo cargo se puede hacer a toda investigación racional; una investigación que no se inicia con una hipótesis de trabajo es pura rutina y carece de valor científico. El método sin hipótesis es actividad científica de tontos, muy común en nuestros laboratorios. Es verdad que muchos historiadores, trabajan sin «prejuicios»; peor para ellos; jamás saldrán de la pequeñez en que están sumidos y una espesa nube les ocultará para siempre la comprensión de la historia. El problema no se resuelve negando la realidad del prejuicio en el investigador. La actitud objetiva, que debe animar la intención científica, es consciente de que nuestra mente, con la cual trabajamos, también es hija de nuestro tiempo, que es un instrumento coloreado por la «historia», por miles de años de historia, puesto que el ser humano es esencialmente «ser histórico».

A menudo comenzamos a buscar algo y en el camino «el espíritu nos ilumina» como decía Goethe, y cambiamos la hipótesis y con ello los métodos de trabajo. Las categorías de comprensión histórica equivalen a las hipótesis científicas, son aproximaciones de la razón humana a la razón eterna. Son hipótesis de trabajo con que aprisionamos a una realidad que escapa al mecanismo de la causalidad natural.

El acontecimiento jamás es simple, siempre es un vasto complejo en el que operan la necesidad, la contingencia y la casualidad y es de la responsabilidad del historiador señalar para cada situación importante lo que es necesario, lo que es contingente y lo que es casual, a fin de descubrir el enlace o conexión; íntima que constituye la trama histórica y permite la comprensión: es decir la definición categorial dialéctica, estructural y valórica. Cada acontecimiento contiene o alude a un proceso lógico-natural de tensiones entre tesis, antítesis y síntesis, un proceso estructural en que está situado íntimamente y una estimación axiológica en relación a la escala de valores de la época o de los historiadores que sucesivamente tratan el acontecimiento. Además existe en la historia misma y en cada acontecimiento o personalidad un proceso de anticipación, que se define en forma general en la tendencia o en el sentido del acto o del pensamiento. La substancia de la historia participa de la substancia de lo vital y del espíritu, alude al futuro, quiere proseguir, persistir o procrear. En el fondo de los momentos arcaizantes o fósiles de la historia universal no debemos ver una detención de la vida, sino una lucha trágica por realizar en el futuro alguna posibilidad valiosa que quedó malograda por la impotencia del espíritu humano para expresar en fuerzas materiales, en creaciones actuales todas las contenidas en situaciones o creaciones pasadas (1).

La constatación del fenómeno de la anticipación histórica nos permite, hasta cierto punto, hablar de que la causa en his-

(1) Un poeta francés del siglo XIX decía:

«Lector, cuando te entrego mis pobres poesías
Mi corazón no puede reconocerlas ya
Quedó lo mejor dentro de las entrañas mías
Mis verdaderos versos, nadie los leerá».

Todos los grandes pensadores y poetas aluden a esta grande congoja interior.

toria actúa desde el futuro, va delante, atrayendo el efecto, no como antecedente temporal. El mejor ejemplo es que el acontecimiento se verifica anticipadamente en la reflexión del hombre ante una situación, la que lo lleva a proyectar y proyectarse a él mismo en el futuro. En cada situación juegan múltiples posibilidades, unas logran efectividad y la situación se desarrolla dialécticamente, y un sentido se define, un individuo histórico nace a la vida; pero otras quedan esperando, y como los ríos wadis que escurren bajo la tierra, se deslizan por entre los escombros de la historia para reaparecer en otros momentos o situaciones y repetir en alguien y florecer de nuevo; pero otros se agotan y mueren. Así se puede comprender que la historia posea una variedad estructural tan inmensa y que aún en nuestra vida individual una realidad nueva parezca como que la hemos pensado alguna vez en el tiempo nuestro. El acto de César de cruzar el Rubicón, sólo es comprensible históricamente cuando hemos logrado apreciar la personalidad del autor, sus fuerzas militares, el momento de tensiones que vivía el derecho público romano, las fuerzas que operaban en la política romana contemporánea, las que se desataban en todo el ámbito mediterráneo y muchos otros complicados hilos que en las manos de César tejía suavemente el destino. Pero, otros hilos escapaban de sus manos y en las de otros tejían otros destinos plétóricos de intencionalidad y ansiosos de vivir también. El destino de César terminó con su muerte en manos de Bruto. Apareció entonces la posibilidad, que ya existía, de un imperio helenístico universal con asiento en Egipto, el país más rico del Mediterráneo; esa posibilidad aun no se había jugado; la soñó César en Egipto, pero la recogió Marco Antonio de las manos de la amante de César, Cleopatra; esa posibilidad se jugó también en Accio y a ella opuso el hijo adoptivo de César, Octavio, la otra posibilidad que se venía escurriendo desde hacía años: un compromiso entre la aristocracia y el cesarismo, el principado. El principado tuvo efectividad y así indefinidamente hasta que la idea cesárea obtiene un pleno resucitar en la monar-

quía antoniniana, repetición del ideal cesáreo y resurrección tras los idus de marzo. La estructura del acto cesáreo es comprensible sólo gracias a la iluminación que la totalidad del proceso romano arroja sobre él. El todo permite comprender la posición de la parte. De ahí que el historiador pueda dar significación y estructura a los acontecimientos o personalidades una vez que los contempla en el juego de la totalidad amplia.

Pensar como quería Eduardo Meyer que sólo la posibilidad que tuvo efectividad es la que vale en la historia, es limitar con criterio mecanicista el curso histórico y arrebatarle al acontecimiento su autonomía propia, ya que cada momento-situación comienza a valer o significar en el momento posterior, y lo que está después va dando valor y significación a lo que está antes. El pensamiento de Meyer cae en el finalismo y huye del valor existencial autónomo del acontecimiento, que es el valor de la vida independientemente de toda destinación ulterior y de todo compromiso. ¿Acaso, como decía Goethe, la belleza de la primavera depende de los frutos del verano? El acontecimiento humano no sólo vale y adquiere significación por su efectividad, sino en sí mismo posee autonomía; pero además contiene una multiplicidad de valores, una participación en el juego dialéctico de la realidad y una posición en la estructura histórica, y por tanto presenta un mundo a la capacidad del historiador y a su experiencia.

Por otra parte, a cada momento los historiadores están descubriendo nuevas conexiones entre los acontecimientos y nuevos significados a los procesos y estructuras. Lo que hasta ayer parecía no tener efectividad, un nuevo interés del presente, un anhelo nuevo se la concede, y desde la oscuridad saltan a la luz del pensamiento histórico, hombres y cosas que habían permanecido ocultas en el silencio de su humildad. Los problemas que nos plantea nuestro propio tiempo iluminan la investigación del pasado; nuevas experiencias nos permiten comprender otras que fueron cerradas para nuestros antecesores. A la luz de la

psicología contemporánea, los errores, las exageraciones, las incongruencias del pasado pasan a ser verdades, realidades y armonías. El hombre, ser histórico, sólo alcanza el conocimiento de sí en la historia.